

Masculinidad(es) en la historia de Don Daniel¹

Sergio Pacheco González²

¹Este escrito forma parte del trabajo de investigación Masculinidad(es), estrategias y (re)acomodos, que para obtener el grado de Doctor en Ciencias Sociales realiza el autor en el Programa de Doctorado de Investigación en Ciencias Sociales del ICOSA de la UACJ. A fines del mes de julio de 2007, como parte de las primeras aproximaciones empíricas al tema de la(s) masculinidad(es), realiza tres historias de vida con adultos mayores, que acuden y participan de las actividades que Ciudadanos Organizados por el Desarrollo Integral de las Comunidades, A.C. (CODIC), coordina en colaboración con el Programa de Atención del DIF en Ciudad Juárez, entre otras labores comunitarias.

² Candidato a Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Correo: chescopg58@hotmail.com.

Fecha de recepción: 05 de diciembre de 2007
Fecha de aceptación: 12 de marzo de 2008

A continuación se presenta un resumen y un análisis sucinto de la historia de vida de Don Daniel, quien es originario del estado de Durango y cuenta con 74 años de edad. Por medio del análisis de esta narración se ilustra la confluencia de diversos ejes de estructuración de la vida cotidiana, donde la condición socioeconómica, la pérdida de la presencia paterna primero y la materna en un momento posterior, posibilitan el ejercicio del poder de algunos representantes de la denominada masculinidad hegemónica.

Don Daniel, como una gran proporción de los habitantes de esta ciudad, es un inmigrante procedente de un entorno rural que encontró en esta frontera un medio y una forma de vida más satisfactorias que las experimentadas previamente, incluyendo sus incursiones en los Estados Unidos de Norteamérica. Lo aquí presentado fue narrado por él en dos momentos distintos y corresponde a los efectos que tiene la muerte de su primera y legal esposa. Su narración tiene como eje central la resignación con la que enfrentó la violencia ejercida por su suegro. En este escrito, nuestra conversación aparece entretrejida en torno a ese evento que marcó su vida.

Don Daniel nace en el año de 1933, en Municipio Nombre de Dios, Durango. Su padre era ejidatario y su madre se dedicaba al hogar, ambos nativos del mismo municipio y sin escolaridad. Su padre falleció cuando él tenía cuatro años, razón por la que no asistió a la escuela. A falta de padre, la figura masculina dominante fue la de un tío materno bajo cuya protección quedaron él —siendo el menor de la familia—, su hermano y su mamá, pues sus dos hermanas vivían con sus respectivos maridos. Su madre fallecería cuando Don Daniel contaba ya con 21 años de edad.

Un elemento que destaca en su relato es la importancia de la propiedad de un espacio para vivir. Signo de vulnerabilidad en su infancia y juventud, se convierte en un recurso prioritario y objetivo prontamente alcanzado al emigrar a Ciudad Juárez, como podrá observarse más adelante.

—Por mala suerte, en aquellos años, como fue hacienda, o no, no hacienda sino estancia, que le decían, estancia de hacienda y vivían,

toda la gente, en una área, que de donde dependía la casa grande, era un redondel de casas y cada quien tenía su cuartito, dos cuartitos. Uno para dormir y la cocina. Y ya cuando el ejido, pues se eligió el pueblo, el área del pueblo y todo aquello tumbaron. Y no, no tuvimos casa.

Para Don Daniel se justifica el quedar bajo la dependencia de su tío en el hecho de que “él ya tenía casa”. No obstante, su poder no se limitaba al hecho de proporcionar techo, en tanto marcó el límite de las posibilidades de su desarrollo.

—No tuve escuela, a cuestión de que... me recogió un tío y pues él me traía nomás en el campo, cuidando vacas. Había clases y usted sabe que, en aquellos tiempos pos era muy difícil la escuela, en cuestión de que no había transportes. Los maestros batallaban mucho para ir. Tenía que, un maestro, tenía que caminar como 40 kilómetros. Pues ya se iba en una burrita, en una burrita. Era el transporte. Y allá se quedaba toda la semana.

La relación con su tío era difícil, marcada por el trabajo, la pobreza y la violencia.

—¿De mí tío? Pos lo que más me recuerda, los golpes que me daba. Las golpizas que me daba. En una vez, me acuerdo, que eso nunca se me ha olvidado, ni se me olvidará; estaba haciendo mucho frío. Andaba en el campo cuidando las vacas. En esos tiempos de que, en aquellos años, ahora ya no se oye decir de eso, que candelillaba. Un friazo, un airecito que le traspasaba a uno el cuerpo. Encontré un hoyo redondo, como de hondo así (indica con sus manos, aproximadamente treinta centímetros)... Ahí me metí a resistir el aire norteño que... ahí estoy sentado. Pos cuando salí no hallé ni una vaca.

Híjole, ahí ando buscándolas. Y no las hallé. Me fui pa'la casa.

—El tío: ¿Quiúbole vacas, on'tán?

—Pos se me perdieron, no las hallé.

—“Bueno, bueno. ¡Cómo que se te perdieron! ¡Órale! Te me vas a buscarlas y no me vienes hasta en tanto no las halles. Y si no ya sabrás”.

—En la noche. Yo todavía chico, tendría unos siete, ocho años. En la noche, oscuro, en el monte, unas nopaleras espesas, que me andaba asustando con las sombras de los nopales, que ya se me afiguraban que eran... de muertos.

No. Me regresé. Mi madre taba ahí en la orilla cuando llegué, llorando, llorando. No, ya llegué.

—‘M’ijo, m’ijo. ¿Las vacas?’.

—No hallé nada.

—‘Válgame Dios, m’ijo. Bueno, a ver...’.

—Entré a la casa. Luego, luego agarró un azote, la friega que me puso.

Para el año de 1963, ya casado, “por el civil y por la iglesia”, empieza a trabajar al partido.

—Al partido era, de que él ponía la tierra, yo la sembraba, y de lo que se cosechaba, mitad para él, mitad para mí.

Enseguida, el papá de mi esposa le pasó, ocho hectáreas a ella. Ya las estuve trabajando, yo.

La tierra, a manera de dote, sólo se mantiene en propiedad mientras el vínculo matrimonial estuvo presente. Al fallecer su esposa, la tierra regresó al dominio de su suegro.

—Ella falleció, a los 13 años de casados. Falleció, recogió mi suegro su terreno y pos yo ya me dediqué a buscarle por hai.

De esa unión procrearon una hija y dos hijos, de los que se hizo cargo, viudo y solo, por dos años.

—O sea, cuando falleció mi esposa, ME tenía seis años, y R tenía cuatro y Rd tenía dos.

Muy pequeños. Entonces, ese fue el problema, de que yo no pude estar con ellos. Me decía mi suegra: “Déjelos conmigo”. No, no. ¿Cómo se los voy a dejar? Yo me puse a pensar, en que no podía salir a trabajar. Porque allá se trata de pura agricultura. Entonces tenía que salir temprano, a traer las mulas con que trabajaba yo. Llegaba a almorzar y llegaba a darles de comer. Entonces era tan difícil para mí, que no podía darles sus alimentos. ¿Cómo les hacía la comida, si tenía que ir a trabajar? Y eran muy chiquitos ellos, y para bañarlos así a los niños, para un hombre es difícil.

Se quedaban ahí en la casa solos. Y era muy difícil. Entonces ya... lo pensé: le dije a mi suegra que los recogiera ella, que yo iba a salir fuera. Y me fui a Los Ángeles, California.

Acostumbrado al trabajo, sin habilidades para atender a sus descendientes y seguramente abrumado por la responsabilidad, reconoció las dificultades y optó por proporcionarles la seguridad que ofrecía su suegra. Salió del país, sin considerar que su suegro le prohibiría, a su regreso, ejercer su paternidad.

—Entonces, estuve en Los Ángeles, California y, y allá, mandé una, una carta. Me la regresaron. La recibí y mandé otra. Y me la regresaron. Mas, nunca supe yo, de quién me la regresó. Fue..., fueron ellos o fueron los tíos o fueron mis suegros. No sé. Cuando regresé de Los Ángeles, mi suegro ya no quiso que viera yo a los niños. Me dijo que no podía poner un pie en las puertas de su casa, que me retirara. Muy bien. Me retiré. Me retiré de ella y pensando en que pos no podía hacer nada por ellos, ni ellos por mí, porque no los dejaban. Y claro, como ellos, mi suegro, tenían recursos de que vivir, y yo pobre... como lo soy, todo el tiempo he vivido en la pobreza.

Después de dos años en Los Ángeles, pasó dos más en Oklahoma. Tiempo después se reúne con su hija e hijos.

—Durante todo ese tiempo, la primera carta que me regresaron estuvo guardada, durante todo ese tiempo. A la edad que R tenía 17

años, me... me afrenté a ellos. Tuvimos platicando como... ahora aquí, usted y yo. Estábamos platicando y Rd me dice: "Papá, pero cómo usted, nunca una carta, siquiera una carta nos escribió". Le digo: "No m'ijo, les escribí, más no sé si sus tíos, ustedes o sus abuelos, me las regresaron. Les escribí dos cartas, inclusive, aquí traigo una. Pero, cuando me afrenté a ellos, ya vivía yo aquí en Ciudad Juárez. Llevaba mi mochila, con poquita ropa, y ahí llevaba la carta. Me levanté de donde estaba sentado, fui y abrí la mochila y le digo: "Mire m'ijo, aquí está la carta, primera que yo les escribí. No, no me diga usted, en que la hice yo ahora para poderles ver. No me vaya a decir con que la hice, es un, un paro nomás que... nos viene a contar mentiras que escribió. No es cierto. Mire, véala, ahí está. Está cerrada, trae la dirección, trae la fecha y trae el sello de regreso. Ni modo que, que a esta fecha, ahorita yo la haga y le ponga todo eso". Quedaron convencidos.

... Ya estaba en Ciudad Juárez. O sea, sí fue cuando regresé de Okla-homa, porque regresé de Oklahoma, me junté con esta señora que está viviendo conmigo y luego nos venimos para acá.

Al regresar de Oklahoma, vivió en Nombre de Dios, de donde realizaba constantes visitas a Vicente Guerrero. Sin tierra propia, buscó nuevamente trabajar al partido, lo que logró plantando chiles en Rojas, Nombre de Dios. Su desventaja económica le impidió contrarrestar la ofensiva de su suegro, en tanto se asumió como vulnerable. Al cuestionarle si la posición económica de su suegro le imposibilitó pelear por sus hijos, respondió:

—¡No!, económica mía.

No, él era un señor Don. Que no se le podía hablar. No cualquier persona le podía hablar. Él vivía ya en, en el estado, en Durango, Durango.

Dueño de... de un hotel. Cuando él iba al rancho, iba con un judicial de cada lado. ¿Quién le hablaba? Iba protegido.

El contraste socioeconómico llama la atención y motiva que se le

pregunte: ¿Cómo le hizo usted para enamorar a esa mujer? La respuesta es contundente.

—Era pobre.

En ese momento, sí. O sea en ese tiempo.

¿Y cómo logró ascender tanto?

—Era pobre él, ejidatario; trabajaba también la tierra. Pero se fue a Durango, a vivir. Se llevó a la familia y ya no supe yo, cómo se hizo de, de dinero...

El dinero es un recurso que da poder y estatus. No sólo vivía su suegro y con él sus hijos e hija, en la capital del estado de Durango. Vivía en casa propia, ese lugar donde le prohibieron se volviera a presentar. Como en el caso de su tío, Don Daniel muestra una gran valoración por la propiedad de una casa. En su caso, poseer casa en propiedad es un signo de autoridad.

—Sí. Tenía casa. Tenía casa propia.

Sus visitas a Vicente Guerrero lo pusieron en condiciones de encontrar pareja, con la cual poco tiempo después habría de residir en Ciudad Juárez. De su regreso de Oklahoma a su nueva unión no transcurre mucho tiempo.

—Sería cuando mucho un año y medio. Ya me uní con esta señora y luego nos venimos. Inclusive, que me vine para acá, a Juárez, pos fue una cosa, como quiero decirle, pos, para mí... rara. Porque, me vine con un señor que tenía familiares aquí. Y me vine con él con fin de conocer aquí, Ciudad Juárez. No venía a quedarme. Yo vine a... a paseo y a conocer. Pero se me ocurre decirle, a uno de los familiares de él: Oiga, ¿Y por qué no me consigue trabajo?

—¿A poco quiere trabajar?

—Sí, como no.

—“Está bien”.

—Al otro día, me dice: “Está el trabajo listo. Vamos para que lo vea”. Pues no, no encontramos al señor del trabajo. Y no, pos así quedó. Para otro día, dice: “Vamos a ver otro trabajo, ánde. Ahí está otro”.

El 2 de febrero de 1980 llega a Juárez como turista y se queda a trabajar. Un mes después regresa por su mujer.

—Y comencé a trabajar. Y ya después, pos ya vi que ganaba un cinco más que allá. No, voy por mi familia. Duré un mes aquí, trabajando. Y ya guardé centavitos, me fui y la traje para acá, a la señora. Sí, un mes de lo que estuve aquí trabajando y estuve ahorrando.

Su traslado a Juárez implicó dejar su casa y comenzar una nueva vida en un entorno desconocido, pero que se le ofrecía prometedor. Sus expectativas fueron colmadas: al paso del tiempo logró adquirir un terreno y construir una casa, misma que vendió para mudarse a otro predio y alejarse de una zona conflictiva de la ciudad. Construyó una nueva casa, en la que habita hasta hoy con su familia, integrada también con los hijos e hijas de su pareja.

—Ya cuando traje a mi familia, ya buscamos un cuartito de renta, aquí... y duramos ocho meses ahí, pagando renta. A los ocho meses, conseguimos un terreno y ya empecé a fincar. Pero a los ocho meses ya tenía un cuartito como este. Y ya nos pusimos a vivir ahí, ya radicamos a vivir ahí. Pero como no estuve a gusto ahí, porque había mucha, mucha droga, le digo a la señora: oye, no me gusta aquí.

—¿Por qué?, estamos bien?

—Sí, pero mira, hay mucho malandro y, y que tal que un día se agarran aquí a balazos y hasta nosotros la llevamos sin tener ni porqué. O los muchachos andan afuera y les puede tocar un golpe. Vamos a buscar donde vivir mejor en otra parte.

—Bueno, si quieres vende, vende la casa.

Ya tenía yo cuatro cuartitos, ya había acabado de pagar el terreno. No pos lo vendí rápido, me vine... me vine a vivir aquí, de renta. Ocho días. A los ocho días conseguí ya casa, ¡con terreno!... tenía unos cuartitos de madera. Y ya viví ahí.

Su capacidad de compra y su habilidad para lograr sus objetivos, se vio confrontada por la persistencia de su suegro, quien trató de apoderarse de la vivienda que había dejado en su lugar de origen, después de haber intentado, sin éxito, despojarle de cualquier vínculo con sus hijos e hija. Eliminar su apellido implicaba borrar su existencia.

—Sí, yo pelié eso, son mis hijos. Pero como él los estaba criando, manteniendo, se creía con todo derecho; inclusive les quería quitar el apellido. Ya había tramitado eso y la hija, como la mujer, como era la mayor, no quiso, no quiso que les quitaran el apellido. Siguió, hasta ahorita. Enseguida, el terreno que tenía para casa, lo tenía de casa en el rancho, anduvo peleando, también anduvo sobre los papeles de la casa para recogerla, quitármela. Que no, que eran de los hijos, era su casa. ¡No era cierto! Él quería aprovecharse, quería aprovecharse de todo. Pero resulta de que fue con mi hermano — ya estaba yo aquí— y le dijo: “Oye, quiero las escrituras de la casa”. “Oiga no, pos mi hermano se fue, a mí no me dejó nada. Él se llevó todo, todo lo de él. A mí no me dejó nada. Si gusta pos vaya a Ciudad Juárez”. Y no, él siguió acá, bajo el agua, acá con los grandes, hasta que me di cuenta yo de que fue a catastro, que es onde están los títulos, las escrituras de todo... de toda la... o sea todo el estado. Ahí van a dar a esa oficina, a catastro y me di cuenta que había ido a catastro a ver si le daban las escrituras, porque no era título, eran escrituras. Traspaso. Y ya el ingeniero o el licenciado, no sé qué era ahí, le sacó los papeles y le dijo: “Mire, aquí está, pero no se los puedo dar, porque se va a meter usted en un lío grande”. “No, pero que mi hija...”. “No, no señor, usted se va a meter en un lío grande, vale más que deje por la paz todo esto. Mire, aquí está la escritura”, que ya se la leyó, y ya le dijo: “Mire, aquí está el nombre de él, aquí está el nombre de tres testigos, pero el nombre de su hija no apare-

ce en la escritura, así que no hay único dueño más que Daniel y si usted hace eso, se puede meter en un lío grande, porque él tiene que hacer gestiones de por qué se lo va a recoger”. Si yo estaba pagando, que allá le nombran contribuciones, que aquí es predial; yo estaba pagando todo, yo tenía todo al corriente. Y se asilenció.

La educación era también signo de estatus, desde la perspectiva de Don Daniel, pues cuando hacía referencia a que “él estaba negociando con los grandes”, se refería a quienes identificó como “los licenciados”.

—Entonces enseguida hubo esto. Yo aquí estaba, pero, se da cuenta usted que salió un concreto (*sic*) de ley en que una casa prestada, a los cinco años, cría derecho el que está ahí. En una de las veces fui y como no nos topábamos, no nos hablábanos, me mandó un muchacho. Ya llegó y me habló. Estaba yo platicando con unos amigos. Dijo: “Oye, quiero hablar contigo”. Sí, dime qué. “No pero que acá, vamos a la tienda”. No, dime lo que quieras aquí. “Bueno oye, me manda don R, que si no le puedes prestar la casa a MI”. Ahora MI es nieto de él, pero nieto. Ah, le digo, fijate que está trabajoso porque precisamente a eso vine, a vender. No puedo prestársela. “Mira, que él dice que se la prestes, que se hace cargo de todo lo que se necesite en la casa de agua, de luz, algún remiendo que se necesite, él arregla todo”. Pos sí, le digo, está bien todo eso, pero es que quiero vender, precisamente a eso vengo, a ver el cliente. Pero no, no era cierto. Únicamente se me vino a la cabeza, de que pa’quitármelo de encima, decirle eso, que iba a vender. Me vine y duré... pos no duré mucho, cada año estaba yendo yo para allá. Iba, iba, pero duré mucho para vender, más de cinco años.

Educación y dinero son dos recursos de los que se manifestó privado en el desarrollo de su vida. Son carencias que le impidieron, como ya se indicó, ejercer su paternidad.

—Pero como yo dinero no tenía, entonces yo lo pensé: bueno, puedo hacérsela de pleito, pero necesito quién me ampare, quién me

ayude. Necesito un abogado, un licenciado, algo, pero como yo dinero nunca tuve. No pude moverle de esa forma. Como le platiqué, dejé las cosas por la paz, pensando hasta que ellos llegaran a... a su edad mayor, que ya pueden decedir, hablar y decedir y lo que ellos decidan.

No consideró haber incumplido con su obligación paterna, explicándolo en términos de una analogía posible:

—O sea lo viví en la forma, como si fuera ahora aquí, que si hay un señor que trabaje en maquila y tiene hijos, ¿cómo le va a hacer? Si su trabajo en la maquila no le permite más de que tiene que ser en el primer turno. ¿Cómo le haría para darles su alimento?

Don Daniel refiere que de la venta de la casa que poseía en Nombre de Dios les dio a sus hijos e hija la parte que les correspondía. De su suegro sólo identifica su avaricia y su deseo de verlo sumido en la pobreza. Del matrimonio no quiere saber nada.

—Para mantenerlos no lo pensé. Pero el matrimonio tampoco: pensé, que nunca, nunca me casaría. Inclusive ahora esta señora, que digo mi esposa, porque vivimos juntos en unión libre, es muy buena, muy buena señora; me ha dicho: “y por qué no nos casamos”. No, le digo, para qué, para qué nos casamos, así estamos bien.